

El Mundo.

Sara Ruiz

Hace más de cien años la humanidad comenzó a dejar de tener hijos. En mi ciudad jamás vi a un niño, excepto a mí mismo en algún pedazo de espejo, en un charco que dejaba atrás la lluvia o me podía ver en algún aparador de lo que alguna vez había sido una tienda. Las calles estaban repletas de señores, señoras, ancianos y ancianas. A los que fui viendo desaparecer poco a poco. Se iba vaciando mi pueblo así como las ciudades de todo el mundo. Ya no existe señal de televisión, internet, luz, ni agua limpia en tuberías, solo de ríos, manantiales o algún pozo. Mis padres me hablaban de esas cosas que en algún tiempo existieron, pero que para mí siempre sonaron a algo sacado de una novela de ficción cómo las que tenía mi padre, las que después me fueron heredadas.

Yo me acostumbré a jugar solo, aunque siempre quise saber cómo sería jugar con alguien con la misma energía, la misma edad, las mismas ganas de descubrir el mundo salvaje que nos rodeaba. Mis padres algunas veces querían jugar conmigo, lo intentaban pero llegaba el momento en que se cansaban.

Mis padres se dedicaba a sembrar en el huerto que teníamos en nuestro patio trasero, querían que tuviéramos la mejor alimentación que nos era posible; con todas las frutas y verduras que había tanto en el huerto como en los árboles del jardín y de nuestros alrededores. A ratos me enseñaban cómo debía de hacerlo para que cuando llegara el día en que me quedara solo, pudiera sobrevivir, mi padre, también me enseñó a cazar, poniendo trampas muy ingeniosas, aunque me daban lástima los animales a los que matábamos, pero solo hasta que estaba muriendo de hambre e iba y les robaba un filete de carne de lo que fuera, con tal de saciar a mi estómago con algo que desintegrar aparte de frutos, ya que llegaba a cansar comer siempre lo mismo.

Mi madre era la que más hacía de maestra y me enseñaba a leer, escribir, contar, y hacer operaciones, aunque no comprendía para qué lo hacía si muy bien sabía que ya de mucho no servía todo aquello, excepto el leer y escribir. Pero la veía feliz queriendo enseñarme aunque fuera algo de lo que ella había aprendido en sus tiempos de estudiante que también le procuró su madre. Algunas veces me contaba las anécdotas de mi bisabuela; de cómo era el tiempo aquel, en que aún había escuelas, profesores, pero sobre todo, niños y jóvenes en las aulas gritando, corriendo, haciendo bulla. Cuando contaba eso, me descubría muy atento imaginándome cómo habría sido la vida de aquel entonces.

Muchas personas vivían de sus recuerdos, les asustaba nuestro destino porque sabían que siendo de los últimos miembros de su familia y de la humanidad, en el momento de morir, nada ni nadie los recordaría, cuando se veían a sí mismos en fotografías revivían sus tiempos pasados o veían a familiares que ya habían perecido hacia bastante tiempo, en su rostro se veían sus emociones a veces incontenibles por no haber hecho algo más en esos tiempos y no poder regresar a ellos, esas emociones se desbordaban por sus mejillas. Algunos se decían arrepentidos de no haber tenido hijo alguno, aunque a veces solo parecía que decían tal cosa porque no querían morir y que nadie los recordara, temían como todos al olvido. La mayor parte del tiempo se les notaba tristes, se les veía como almas en pena, solo esperando a que la muerte llegara; los arrebatara de este lugar que ya solo se había vuelto un infierno de lento sufrimiento para todos.

En mi adolescencia y solo por un tiempo, me nació la espinita de lanzarme a buscar a una mujer y enamorarme tan perdidamente como lo veía en varios libros que leía y releía, deseaba sumergirme en esos sentimientos que parecían fascinantes, aunque lejanos para vivirlos. Sin embargo, un día, sin decir nada solo me robé unos cuantos pedazos de tela que hace tiempo había visto en la casa de mis vecinos, ya les fallaba la vista, así que no tuve mucho problema en escabullirme temprano en su patio y tomarlas; en mi casa me calcé con ello como acostumbramos a hacerlo. Entonces viajé al pueblo más cercano y aunque no tenía mucha idea de qué diría si me encontraba alguna chica, anduve calle tras calle, pero no encontré a ninguna. Solo ancianos caminando por ahí, se sorprendían al verme y querían saber de mí, no me quedé platicando mucho con ellos. Era obvio que no habían visto a nadie joven desde hacía muchos años; avanzando vi a otros más convertidos en calaveras, ya que algunos animales, al estos morir en las calles, se los comían, y no paraban hasta dejar limpiécitos los huesos.

Triste y cabizbajo tomé el regreso a casa antes que el sol se pusiera, y en el camino de vuelta me puse a pensar profundamente en por qué me era tan intenso ese deseo. Recordé lo que mi padre alguna vez me contó sobre los instintos de los seres humanos, y entendí aquello que me ocurría, pero a la vez en mí nacía algo, un deseo más profundo de querer sentir en mi interior, y pronto supe que buscaba amor, no solo era ese contacto físico, buscaba amor, de ese del que hablan algunos libros, de ese que veía entre mis padres, del que te hace sentir importante, parte de algo más, de alguien. Pero pronto me resigné a mi destino. Llegar a viejo... solo.



Mi mejor pasatiempo y distracción fue y ha sido pasar horas y horas leyendo, tumbado en la hojarasca o sentado a la sombra de un árbol; últimamente dentro de mi casa cuando entran en ella los rayos del sol. Los libros siempre han sido mis mejores y únicos amigos, antes eran lo segundo que más me importaba, ahora son lo único, y me duele que el día en que me muera (que ya no falta mucho, no he sabido de alguien que haya vivido más de noventa años, mueren por enfermedad, vejez o de tristeza) ya nadie los leerá, se quedarán tal cual los voy a dejar, se empolvarán, se van a pudrir al igual que yo y regresaremos a ser parte de este lugar, de este pedazo de tierra.

Hace ya bastante tiempo que murieron todos a mi alrededor. Mi madre fue la primera en dejarnos, ella se fue de lo que pareció ser un infarto, o eso creímos mi padre y yo, la encontramos al volver un día de caza, tirada en el baño sujetándose el brazo izquierdo con la mano derecha y una mueca de dolor en su rostro ya arrugado, mi padre me contó que él alguna vez leyó que les daba dolor en el brazo y se les iba recorriendo al hombro, después al pecho hasta que les daba el infarto al corazón y morían sino eran atendidos. Y aquí, a estas alturas ya no había ningún médico. Entre sollozos la enterramos debajo del sauce llorón que mi madre tanto amó en vida. No pasó mucho tiempo de que mi padre también partiera y me dejara solo, pienso que murió de dolor, de tristeza. Un día al despertar, lo encontré sentado en su sillón, alrededor tenía varias fotografías, esas que no se cansaba de ver mi madre, tenía una expresión de melancolía en su rostro, misma que tuvo desde el día en que murió mamá. Sentí un vacío difícil de explicar. Para cualquier lugar que volteara había abandono, naturaleza invadiendo todo a su paso de un modo salvaje, del modo en que siempre fue sin humanos. Había desolación, dolor, mi dolor. Lo enterré a un lado de la tumba de mi madre, y al terminar de hacerlo no pude contener las lágrimas y rodaron por mis mejillas, de vez en cuando las limpiaba con el dorso de mi mano y sorbía la nariz. Me recargué en el sauce llorón y vi el sol meterse. Pensé: tal vez soy el último ser humano que aún vive, o tal vez en algún otro punto quede alguien e igual esté viendo triste esta puesta de sol, tal vez se sienta igual de insignificante que yo, o quizá él o ella esté disfrutando junto a alguien esta vista, y estén felices, plenos, no lo sé, pero es tan grande esta soledad y tan bella esta vista que me entristece pensar que ya nadie más pueda verla.

Durante mucho tiempo estuve sentado allí, en medio de la oscuridad que me abrazaba esa noche, vi pasar una estrella fugaz y deseé que todo eso fuera una pesadilla, pero sabía muy bien que eso no era verdad, no era cierto que las estrellas te concedieran deseos. Pero esa estrella fugaz fue tan hermosa, que era como si el universo se apiadara de mí y quisiera consolarme de alguna manera llevando hasta mis ojos



algo de brillo y hermosura nuevamente. Después entré a la casa; con la poca luz de luna que alcanzaba a penetrar en ella llegué hasta lo que era mi cama, no sé cuánto tiempo tardé en conciliar el sueño, sollozando quedé rendido. Dormí profundamente.

A partir de esa noche, los días, semanas, meses y años se hicieron más y más pesados, ya hasta levantarme de la cama era cada vez más difícil, parecía que en el fondo deseaba morir hundido en ella llorando mi soledad.

Y aunque me gusta observar los bellos amaneceres, atardeceres, la flora y fauna que hay aquí; leer para divagar cómo termina mi historia en otra realidad, imaginar mil mundos distintos al mío. Aunque desde hace mucho me falla la vista, y la mayor parte del tiempo me hago mis propias historias en la cabeza para seguir viendo mundos paralelos. Temo el día en que me llegue la oscuridad total, pues ya solo viviré en mi mente y será peligroso, no sabré si algún animal salvaje se acerca, no podré resguardarme, aunque sea dentro de casa. Estaré más expuesto que nunca... Y tú, ja, eres más miedoso que yo, desde ayer que llegaste y te acercaste vi que no eras como los demás, eres dócil, no sé cómo no eres como todos, cualquier ruido extraño te hace resguardarte debajo de mi cama, no sé cómo has sobrevivido en este mundo siendo de tal forma, buen perro me fui a encontrar. Pero sé que el día en que muera no tendrás piedad de mi cuerpo, comerás, soy carne, eres carne, somos instinto y necesitarás sobrevivir sino mueres antes que yo para saciarme a mí.